



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli

PRESENTACIÓN DE “LA PALABRA Y LA MÚSICA”¹

Raúl Ballbé

Si se tiene en cuenta la amplitud de los conocimientos actuales, la acción que despliega, lo realizado en el pasado y lo que se ha pensado sobre ella, el panorama que nos presenta la psiquiatría es tan variado como inabarcable. Una manera de llevar a cabo una selección sensata consistiría en limitarnos a las actividades psiquiátricas que han servido de un modo competente para la prevención, el tratamiento y la rehabilitación de los enfermos mentales. Pero al psiquiatra no se le ha confiado un bastión seguro ya que tras las citadas facetas de sus actividades siempre ha tenido que lidiar en medio de un campo plagado de embrollos, desarreglos, perplejidades, desequilibrios, vulnerabilidades propios de la lábil existencia humana.

Toda actividad profesional que se aventura en las profundidades humanas está acuñada por su osado propósito, encuadrada por la limitación de la experiencia vivida, coloreada por los puntos de vista personales y por el estilo de la conducta de quien la ejerce. Sin embargo, hay afinidades de la profesión psiquiátrica en tareas, formación,

¹ Otto Dörr, *La palabra y la música, ensayos inspirados en la poesía de Rainer María Rilke*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, Chile, 2007.

tradición, conocimiento, técnica y acción que es necesario tener especialmente en cuenta.

En todas las ciencias se libra la batalla por la razón, pero en la filosofía es donde se combate con la conciencia más lúcida, porque la filosofía en esencia no se estudia sino que con ella se aprende a pensar. Sabemos, decía Jaspers en un texto de 1950, que la filosofía desempeña hoy en las universidades un papel limitado. Una nimiedad lo atestigua: en el período positivista la Facultad de Matemáticas y Ciencias Naturales fue absurdamente separada de la Facultad de Filosofía y la filosofía cayó en una especie de limbo universitario. Jaspers nos recuerda la frase de Hipócrates: “el médico que filosofa se asemeja a un dios”; y afirmó, en un congreso médico celebrado después de la guerra mundial, que la praxis médica es filosofía concreta.

Esta introducción, que puede parecer extemporánea me parece necesaria con motivo de la presentación de una obra de Otto Dörr, destacado representante de esta dignísima tradición psiquiátrica. Se trata, en esta ocasión, del excelente libro que nos ofrece el autor: un conjunto de ensayos inspirados en Rilke, paradigma poético de la visión filosófica más importante del siglo XX, la filosofía de la existencia, nombre con se divulgó esta manifestación del pensar fenomenológico-hermenéutico.

A las dos obras relevantes de Dörr, *Psiquiatría Antropológica* (1995) y *Espacio y tiempo vividos* (1996) no podemos dejar de mencionar el capítulo 9 de la obra de H. Tellenbach -significativamente titulada *Psychiatrie als geistige Medizin*²-, donde leemos un diálogo entre Tellenbach y Dörr sobre la depresividad melancólica y epiléptica. Si recorremos la rica obra científica de Dörr, comprobaremos la fidelidad, autenticidad y profundidad con que ha recorrido su largo camino.

La profusión de temas -y su hondura- que me sugiere la lectura de “*La palabra y la música*” me obligan a renunciar al acabado comentario crítico que la obra merece dada la tiranía que ejerce el tiempo en estas circunstancias. Estos *Ensayos*, son la decantación de un largo trabajo del pensar que constituyen el valioso aporte esclarecedor de temas trascendentales para el psiquiatra, es decir, de fenómenos

² Tellenbach, H., Munich, 1987.

captados en su esencia más remota, a partir de la experiencia poética de Rilke a la que el psiquiatra y filósofo Dörr aporta la suya.

En 1998 leí el manuscrito de la traducción de Otto de las *Diez elegías, tres réquiem y una canción de amor*, de Rilke, con prólogo, notas y comentarios, obra que fue publicada, en dos tomos, en 2002. Ahora, ante *La palabra y la música*, sólo me detendré en un breve pasaje referido al tema de la muerte en Rilke. En la filosofía de la existencia y fundamentalmente en Rilke, se trata de poner claramente ante los ojos una situación dada de la vida misma cuyo efecto no consiste en debilitar la vida sino, por el contrario, por virtud de la vida misma se impulsa hacia delante hasta su extrema intensificación, porque se le hace imposible, en su inmanencia absoluta, evadirse en el atarearse vacío de la exterioridad. Así, pues, en esta concepción de la existencia se manifiesta, precisamente, una superación de la angustia ante la muerte.

En los *Sonetos a Orfeo* Dörr analiza el tema de la muerte. Inspirados en la temprana muerte de la bailarina Wera Ouckama Knoop, Rilke establece un nexo entre la temática órfica y la figura de la joven, hecho que subraya Dörr citando la carta que el poeta escribe a su editor Hulewicz, el 13 de noviembre de 1925: “[Ella], cuya inmadurez e inocencia mantiene abierta la puerta del sepulcro, de modo que, habiéndola atravesado, pasa a pertenecer a esos poderes que mantienen fresca una mitad de la vida y se abren hacia la otra mitad, sensible como una herida”.

Más adelante, señala Dörr, al comentar el Soneto II, el misterioso verso: “Y un lecho se hizo en mi propio oído” que ahora es Wera quien, en la plenitud de su juventud y de su arte, se construye un lecho en el oído del poeta. A primera vista uno podría pensar que la metáfora alude a la posibilidad de que la música que rodeaba a Wera haya impactado de tal modo al poeta que permaneció resonando en sus oídos, en cierto modo habitándolo. “Pero podría tratarse también –prosigue nuestro autor- de un nuevo ejemplo de sinestesia, tan frecuente en la poesía tardía de Rilke: el oído es mucho más que la capacidad de escuchar; él no sólo puede, además, ver, como en la Décima Elegía,

sino también recibir a alguien para que repose en él. Y esta interpretación se ve corroborada por el inicio del primer verso del segundo cuarteto: “Y ella durmió en mí”³.

Esta íntima relación de la finitud con la eternidad tan típica de Kierkegaard –de quien se ocupa Dörr en su libro- se reitera en este pasaje que cito a continuación: “... para Rilke la distancia entre la vida y la muerte, entre este mundo y el otro, es tan pequeña, que en la última estrofa llega a preguntarse si es que existe la muerte realmente... pues mientras exista Orfeo, mientras haya música, no hay muerte; ésta es sólo un invento”. En los versos finales el poeta vuelve a preguntarse por la existencia de la muerte y se pregunta sobre lo que irá a ocurrir con Wera cuando él ya no exista: “¿Hacia dónde, desde mí, se hundirá ella?”⁴

Dörr analiza magistralmente la temporalidad, la espacialidad de la existencia y la temática del cuerpo implícita en sus comentarios. Con respecto a la temporalidad y la espacialidad del amor recuerdo las reflexiones de Jünger en torno a la frase de Goethe *Pero en lo interior está hecho* que respiran armónicamente en la atmósfera que Dörr nos brinda de Rilke. Estas meditaciones manifiestan que hay una terminación de nuestras acciones en lo absoluto, siempre independiente del éxito o del fracaso, ya que nuestras acciones están sujetas al azar, y, como flechas, a la fuerza de la gravedad, al viento. Dan en el blanco o fallan y su trayectoria escapa a nuestras manos. Si pensamos en la persona ausente como si estuviera viva, comprobaremos que hay algo maravilloso, sin embargo, en ese *como sí*. Y “deberíamos pensar en cada muerto como si estuviera vivo, y en cada vivo, como si estuviera ya separado de nosotros por la muerte. Así, nuestros deseos apuntan más alto, a la persona invulnerable. Y si tensamos bien el arco, experimentamos el instante maravilloso en que nos llega la respuesta. *Pues en el interior está hecho*”⁵. Ninguna circunstancia cambia el sentido profundo de la muerte⁶.

“Anticípate a toda despedida, como si ella estuviera

Tras tuyo, como el invierno que recién termina.”

Dice el comienzo del soneto XIII, segunda parte, de acuerdo con la traducción

³ Op. cit. p. 55.

⁴ Op. cit. p. 55.

⁵ Jünger, E., *Jahre der Okkupation*, Klett, Stuttgart, 1958, p. 309.

⁶ Ballbé, R., *Vida, tiempo y libertad*, Lumen, Buenos Aires-México, 2001, p. 228.

de Dörr⁷. En definitiva, lo que salva parte del interior mismo del ser humano es el persistir, el mantenerse y no sucumbir, siempre que sepa colocar “el invierno tan sin fin”, la muerte, a sus espaldas. Si logra esta transformación, comenzará a vivir en lo “abierto” y “a salvo” para siempre”.⁸

Este tránsito lo expresa Rilke en una carta: “Nosotros, los de aquí y de ahora, no estamos ni un momento satisfechos en este mundo temporal, pero tampoco estamos atados a él, sino que pasamos permanentemente hacia el mundo anterior, hacia nuestro origen, como también hacia el mundo ulterior, el de aquellos que vendrán tras de nosotros. En aquel máximo ‘mundo abierto’ existen todos... Así, no sólo *no* hay que descalificar lo de aquí, sino que precisamente por su provisionalidad, que comparte con nosotros, estas apariencias y estas cosas tienen que ser comprendidas y transformadas por nosotros... Sí porque nuestra tarea es ésta: impregnarnos de esta tierra provisional y caduca tan profundamente, tan dolientemente, tan apasionadamente, que su esencia resurja otra vez en nosotros, invisible... Somos las abejas de lo invisible... en la tarea de este constante transformar lo amado visible y tangible en la agitación y valoración invisibles de nuestra naturaleza, lo que introduce nuevas formas de vibración en... el universo”⁹

Pero en el adelantamiento a la situación recelada con el fin de neutralizar las pérdidas y desengaños de la vida, el sentimiento de esta separación anticipada, representada, es "irreal" y el sentimiento real correspondiente será el que se experimente en el momento de la separación real, es decir, auténticamente sentida. Mientras un sentimiento es mentado en el mero querer sigue siendo irreal pues lejos de surgir de la experiencia misma de la vida, toda relación intencional a un sentimiento basta para

⁷ Rilke, *Sonetos a Orfeo*, traducción, comentarios de O. Dörr, Editorial Universitaria, Chile, 2002, p. 117.

⁸ Cf. Mandrioni, H.: *Rilke y la búsqueda del fundamento*, Guadalupe, Buenos Aires, 1971, pág. 155-209.

⁹ Estas frases han sido tomadas de una carta de Rilke a su editor Hulewicz, breve fragmento que reclama la transcripción total, no sólo por el tema de la temporalidad, sino también por su relación con la invisibilidad de la vida, de lo inextático y la caducidad de lo extático, tema central – además – del pensamiento de M. Henry. Recordemos su referencia a “*Getränk an Getränk: o wie entgeht dann der Trinkende seltsam der Handlung*” (el beso de los amantes comparado con el bebedor que se evade de su acto), de la segunda *Elegía*, en *Philosophie et phénoménologie du corps*, Epiméthée, París, 1987, pág. 293. Debo agradecer esta cita a mi amigo Otto Dorr-Zegers quien, de paso por Buenos Aires, me obsequió su excelente traducción de *Diez Elegías, Tres Requiem y una canción de amor*, prólogo, introducción, notas y comentarios, actualmente en prensa, Herder, Barcelona. Cf. Ballbé, R. *Vida, tiempo y libertad*, p. 234.

imposibilitarlo ya que en vez del sentimiento mismo, de su realidad, sólo se nos entrega el concepto de esta realidad, es decir, su negación¹⁰.

Para finalizar este comentario tan breve como parcial del libro de Dörr sólo quisiera agregar que uno de los temas que ocupan al autor es la relación entre la genialidad y la melancolía, caracterizada ésta por momentos de “tristeza y apagamiento del fuego creador que hacen sufrir mucho al hombre genial”. Con respecto al abuso de enfermedad bipolar, el estudio fenomenológico de estas situaciones permite evitar generalizaciones erróneas. Como escribe al respecto Dörr, se podrían cuestionar los trabajos que sostienen que casi todos los hombres geniales han sido enfermos bipolares por el hecho de que aplican los sistemas diagnósticos llamados operacionales que pretenden medir lo de alguna manera inmedible, puesto que el diagnóstico psiquiátrico, al carecer generalmente de un substrato anátomo-patológico, sólo puede basarse en “tipos ideales” que están en la mente del observador¹¹. Podemos agregar que se trata de una de las consecuencias del cientismo que tiende a suprimir lo no mensurable y cualquier realidad independiente del sistema ideológico vigente.

Debemos tener en cuenta, como podemos leer incluso entre líneas en la obra de Dörr que cuando se despoja de toda fenomenalidad al movimiento de la vida, sólo queda como objeto de estudio una fuerza ciega, una impulsión de la cual no se sabe bien –como en el caso del freudismo- si se trata de una noción “psíquica” o de un proceso biológico, es decir, material, físico-químico. Además, esta diferencia entre lo que es puramente psíquico y puramente biológico tiende a borrarse en el pensamiento moderno, en la medida que, aplastando al primero sobre el segundo, lo psíquico sobre lo biológico, propone una explicación de la realidad humana que termina identificándola con su potencial neuronal y genético.

Quisiera manifestar, estimulado por la lectura de esta excelente obra de Otto Dörr, que el conocimiento de la vida presupone una filosofía que recoge el saber que la vida tiene de sí, desde siempre, para comprenderlo y realizarlo en sentido fenomenológico, que investiga la vida como de hecho se da. Puesto que jamás la vida es

¹⁰ Cf. Henry, M.: *L' essence de la manifestation*, PUF, París, 1990, p. 818.

¹¹ Dörr, O., op cit pág. 45.

objeto, se da siempre en la efectuación interior, inmediata, en el experimentarse no representativo de la pura invisibilidad que nada tiene que ver, tampoco, con un *inconsciente*, por ejemplo, que luego pueda clarificarse en la *consciencia*. Una filosofía empeñada en ahondar en esa radical inmanencia, que es la inmanencia de la vida, no se ocupa de la totalidad del fenómeno que llamamos “*la vida*”, como es el caso de las diversas ciencias - una de ellas la biología - que quieren investigarlo.

El tema de la fenomenología es la manifestación de la vida como realidad para nosotros, seres afectados, por principio, subjetivamente. Es así que desde el comienzo se plantea la esencial necesidad de pensar en el nexo, inseparable, entre ser viviente y corporalidad, como afección fundamental del ego, que dicta dos procedimientos fenomenológico-metodológicos. Uno elimina todos los atributos esencialmente extraños a la esencia de la vida, mientras que el otro, situándose más allá de toda teoría, indaga la experiencia inmediata que la vida tiene de sí misma en el *sentir*. Este debería ser el punto de partida y el fundamento de toda investigación que llevemos a cabo en el hombre, en su vida y en su mundo.